

EVANGELIZAR EN LAS CULTURAS. APORTE DESDE EL NUEVO TESTAMENTO

RESUMEN

Este artículo quiere recuperar la experiencia de los primeros cristianos en cuanto proyecto evangelizador que exigía necesariamente el encuentro y diálogo con una cultura diferente, resultado de tres grandes componentes: la dominación romana, la cultura helenista y el medioambiente judío. Aun siendo nueva la palabra “inculturación”, el hecho de la inculturación es tan antiguo como el cristianismo. El trabajo se centra en san Pablo: sus dificultades, su espiritualidad, actitudes de partir de la realidad, de proponer, no imponer, que dan forma a una pastoral de la cordialidad y a un ir más allá de los límites actuales.

Palabras clave: Inculturación, experiencia, evangelización, san Pablo

ABSTRACT

This article tries to recover first christians' experience as a project of evangelization within different cultures. These were: the Roman domination, Hellenist culture, and jewish environment. Although the word “inculturation” is a new one, the fact of inculturation is as old as Christianity. This paper is centered on St. Paul: on his difficulties, his spirituality, his intention to begin from reality, his attitude of suggestion instead of imposition, which shape a pastoral cordiality as well as an attempt to go further than present-day limitations.

Key words: Inculturation, experience, evangelization, St. Paul

La Iglesia en Argentina se encuentra decidida a encarar con fervor y entusiasmo el anuncio del Evangelio de Jesús en el difícil contexto del país. Así lo afirmaba la Conferencia Episcopal Argentina: “Frente a la crítica situación del país, elegimos la Nueva Evangelización como la mejor contribución que la Iglesia puede ofrecer para superarla”.¹

El desafío de la inculturación del Evangelio que se le presentó a los primeros cristianos y los pasos que ellos fueron dando, pueden ser un interesante aporte a nuestros actuales planteos acerca de la Evangelización. Siendo nueva la palabra “inculturación”, el hecho de la inculturación es tan antiguo como el cristianismo. La actual conciencia eclesial sobre la inculturación no es una moda; es una reorientación de la práctica evangelizadora hacia un cauce antiguo, primitivo y primordial del proceso histórico del cristianismo.

De toda la realidad de la Iglesia primitiva, este artículo quiere recuperar la experiencia de los primeros cristianos en cuanto proyecto evangelizador que exigía necesariamente el encuentro y diálogo con una cultura diferente: el helenismo. Sabemos que este encuentro tuvo diversas etapas comenzando por las primeras expansiones misioneras y siguiendo con la *actividad* de los padres apologistas del siglo II d. C. Nos limitamos aquí al primer momento, del cual Pablo de Tarso es testigo y protagonista fundamental.

1. Contexto histórico-cultural

La realidad cultural, social y política del mundo conocido en el cual se desarrolló el cristianismo naciente, ofrecía fundamentalmente la presencia de tres grandes componentes: la dominación romana, la cultura helenista y el medioambiente judío.

1.1. La dominación romana

Roma dominaba sin rival en Europa, norte de África y Asia Menor. Extendía su inmenso imperio desde la Gran Bretaña a la Nubia, del Atlántico a Crimea, del Rin al Éufrates y al Golfo Pérsico. Una sofisticada organización administrativa imperial en la cual los territorios domina-

1. CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Navega mar adentro*, Buenos Aires, 2003, 1.

dos tenían diferentes privilegios, secundada por una vasta red de caminos que garantizaba la facilidad de las comunicaciones,² una clara diferenciación del estatuto jurídico de los habitantes del imperio con el correspondiente sistema tributario y un poderoso ejército, sostenían ampliamente el poder y la estabilidad de la dominación romana.

1.2. La cultura griega

Al lado de Roma, Atenas: el símbolo de la presencia griega en el mundo. El helenismo aparece en la antigüedad judía como antítesis del judaísmo. El término *hellénismós* apareció por primera vez en la documentación judía, en el libro segundo de los Macabeos.³ Teofrasto (372-288 a. C.) utiliza este término para referirse al uso correcto de la lengua griega. El término se desarrolló y se hizo más estricto en oposición a *bárbaroi*. La autoconciencia inducida por el contacto con los no-griegos condujo a una suerte de absolutización de la lengua, raza y culturas griegas.⁴ Estudios más recientes han definido el helenismo como

“la cultura de los ‘tiempos de Alejandro’, es decir, la lengua griega, las costumbres, los objetos, el arte, la literatura, la filosofía y la religión que se extendieron por Oriente Próximo y Medio, desde Macedonia hasta las fronteras de la India, desde la ribera septentrional del Mar Negro y las orillas del Danubio hasta Nubia y el Sahara.”⁵

Por su parte, para los judíos de la diáspora griega, en el ambiente del siglo II a. C., el término representó la cultura, instituciones y costumbres que ponían en peligro frontalmente o por ósmosis la originalidad y el valor intrínseco de la vida judía.

En términos muy generales puede hablarse del helenismo como el símbolo de la razón y de la medida, de la preocupación por lo bello, del máximo espíritu de tolerancia en las relaciones humanas. El varón culto era el hombre perfecto, autosuficiente y en pleno equilibrio.⁶ El helenis-

2. Cf. D. H. FRENCH, “The Roman Road System of Asia Minor”, en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 7/2, Berlin-New York, W. Haase, 1980, 698-729.

3. 2 Mac. 4,13: “Era tal el auge del helenismo y el avance de la moda extranjera, debido a la enorme perversidad de Jasón.”

4. Cf. H. WINDISCH, “ ‘ ‘ Ellènes”, *TWNT* II, 504.

5. F. C. GRANT, *Die Religion in Geschichte und Gegenwart*, 209.

6. Horacio afirmaba que la Grecia, conquistada militarmente por los romanos, supo a su vez conquistar con el esplendor de su cultura y de su arte a los incultos conquistadores (HORACIO, *Epist.* II, 1, 156-157). También el dicho atribuido a Tales y a Sócrates es elocuente: “Doy gracias

mo no terminó de hecho con la llegada de la dominación romana a Egipto en el 31 a. C. Su influencia siguió siendo profunda en el conjunto del mundo romano, tanto en su parte oriental como occidental, y persistió de alguna manera hasta el Renacimiento. No obstante, su época de mayor esplendor coincide con los siglos que preceden inmediatamente al nacimiento del cristianismo.

Procurando una somera descripción de elementos culturales que caracterizaron al helenismo, señalamos como un punto de partida básico el predominio casi absoluto de la estructura urbana sobre el campo. La geografía urbana es un índice del fuerte desarrollo económico en que vivían en aquel entonces ciertas zonas del imperio. Seleucia, Tesalónica, Atenas, Corinto y Éfeso eran ciudades portuarias que evocan un mundo de grandes vías de comunicación marítima y de un intenso intercambio comercial. La administración imperial romana supo imprimir un ritmo acelerado a su economía expansiva valiéndose de abundante mano de obra reclutada sobre todo entre los esclavos y acentuando progresivamente las diferencias sociales.

El fenómeno urbano de estas ciudades era, por otra parte, indisociable del cosmopolitismo. Las vías de comunicación y el progreso económico de ciertos sectores atraían a personas de todas las razas dando lugar a importantes aglomeraciones humanas. Eran lugares obligados de encuentro, en los que emergía una cultura de claro tinte sincretista. El pluralismo lingüístico era lo más normal, si bien el griego se había convertido en una lengua universal y en un punto de referencia obligado para integrarse en la política de unificación imperial.

Las transformaciones operadas en este mundo grecorromano en torno al siglo I también suscitaron reacciones diversas en el campo filosófico. Dos escuelas, que crecen ante todo en medios escolares de Atenas, tendrán en particular la atención: las corrientes estoicas y epicúreas. Los primeros prometían dar al ser humano los medios para alcanzar una perfecta imperturbabilidad y la indiferencia frente al ataque de las pasiones. Sus predicadores hablaban directamente en público, en un lenguaje directo, entretejido de preguntas y respuestas y se caracterizaban por un estilo de vida de estricta austeridad, viviendo de limosnas o del propio trabajo manual.⁷ Los segundos, desligados de concepciones metafísicas, ense-

a Tyjé (Tiché) de haber nacido hombre y no animal, varón y no mujer, griego y no bárbaro" (Texto citado por M. HENGEL, *Ebrei, Greci, Barbari*, Brescia, 1981, 129).

7. Destacan dos nombres: Dión Crisóstomo de Prusa (40-115 d. C.) y Epícteto (50-135 d. C.).

ñaban el arte de alcanzar el placer que los libraba de la sujeción al mal. Ambas corrientes difundían sus doctrinas gracias a retóricos itinerantes y profesores de escuelas que se van fundando en las ciudades. Menos influyentes eran los filósofos académicos y peripatéticos, seguidores de Platón y Aristóteles.

Aunque la religión tradicional del culto a los dioses del Olimpo y de la Roma monárquica, seguía siendo una estructura fundamental de estabilidad, el imperio hubo de contemporizar en lo posible con ciertas manifestaciones religiosas regionales o nacionales y con los brotes misticistas de las religiones orientales traídas por las legiones romanas después de sus campañas militares.⁸ Éstas prometían la inmortalidad y la salvación mediante la iniciación en ritos cargados de simbolismo que llamaban "misterios".

En esta sociedad grecorromana lo religioso no podía separarse de lo político. En su momento, los griegos habían puesto de relieve el papel de la razón y habían operado una crítica de ciertas representaciones religiosas del mundo y la sociedad; el ideal democrático en la *polis* implicaba, más bien, el reconocimiento del carácter divino de la mayoría de los ciudadanos guiados por la razón y capaces desde entonces de definir el derecho promulgando sus leyes. Más tarde, la conciencia romana admitía como máximo la idea de una delegación divina de poderes y la de una divinización después de la muerte de aquellos que habían vivido una carrera ilustre.

Pero con el deseo de que la religión se constituyera en un soporte cultural de primer orden a la hora de consolidar la paz romana, los emperadores privilegiaron una religión supranacional, aglutinadora de las diferencias y rivalidades religiosas de los diversos grupos. Calígula, Nerón y sobre todo Domiciano, se sentirán muy atraídos por la divinización del emperador. Bajo los Antoninos, el culto imperial se amplía y equilibra al asociar con el culto a Roma, el culto a los emperadores muertos y al Cesar viviente.

1.3. *El medio ambiente judío*

En cuanto a la realidad del judaísmo, desde el siglo IV a. C. los judíos habían traspasado las fronteras de Palestina y se habían extendido

8. Desde Egipto se difundió el culto de Isis y Osiris; Frigia exportó los ritos de Attis y Cibele; el culto a Mitra llegó de Persia; de origen sirio era el dios Adonis; los cultos orgiásticos de Dionisos procedían de Grecia.

por occidente, por diversos motivos. Después de haberse establecido en los grandes puertos, llegaron poco a poco a las regiones más apartadas. Esta realidad se reconoce desde el siglo III a. C. como *diasporá*.⁹ Durante los dos últimos siglos antes de Cristo, la diáspora era para el judaísmo una situación política, social y religiosa ampliamente conocida y reconocida por judíos y no-judíos. De hecho, la diáspora determinó estadística e ideológicamente la constitución global del mundo judío.¹⁰ Según Filón de Alejandría hubiera sido difícil encontrar una sola ciudad en la que no hubiera judíos.¹¹ La cifra de la población judía mundial en el siglo I a. C. varía según los investigadores, entre cuatro millones y medio y siete millones. Donde existe más coincidencia es en afirmar que sólo una tercera parte vivía en Palestina.¹²

Desde el punto de vista del estatuto jurídico, Israel era una nación incorporada al imperio, a la que sólo le faltaba el apoyo de un Estado.¹³ Los judíos disfrutaban de autonomía interna tanto en lo cultural y jurídico como en lo cultural y lingüístico. La ley de Israel era oficialmente reconocida por los estados.¹⁴ El carácter internacional de la civilización helenística, siempre tan preocupada por respetar las libertades de las naciones, facilitaba esta autonomía. Tanto por el número como por esta reconocida autonomía, los judíos constituían en la diáspora ciudades dentro de las ciudades. Se administraban a sí mismos, tenían sus propios tribunales y desarrollaban su propia organización social. Sin perder su nacionalidad y su estatuto, los judíos adinerados o influyentes podían adquirir el derecho de ciudadanía en las ciudades en las que residían.¹⁵ Tal derecho

9. Esta palabra deriva del verbo griego *diaspeirō* ("dispersar", "distribuir", "diseminar") y significa "dispersión". Sirve para designar, en el umbral de la era cristiana, al conjunto de los judíos establecidos fuera de Palestina (cf. 2 Mac 1,27). También se utiliza para designar los lugares o territorios en que viven los judíos dispersos (cf. Jdt 5,19).

10. Véase una descripción detallada de las características y lugares de la diáspora judía a partir del siglo III a. C. en A. PAUL, *El mundo judío en tiempos de Jesús. Historia política*, Madrid 1982, 91-161. Cf. también S. APPLEBAUM, "The Social and Economic Status of the Jews in the Diaspora", en *The Jewish People in the First Century: Historical Geography, Political History, Social, Cultural, and Religious Life and Institutions* (S. Safrai y otros, eds.), Philadelphia, 1976, 701-727.

11. Cf. FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Legatio ad Caium*, 281-282.

12. "El resultado de esta asombrosa expansión fue que uno de cada diez romanos era judío (...) uno de cada cinco habitantes «helenísticos» del mundo mediterráneo oriental lo era igualmente" (S. W. BARON, *Histoire d'Israel. Vie sociale et religieuse* I, Paris, 1956-1957, 232).

13. Véase, al respecto, el estudio de E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman Rule from Pompey to Diocletian: A Study in Political Relations*, Leiden, 1981.

14. Cf. C. SAULNIER, "Lois romaines sur les Juifs selon Flavius Josèphe", *RB* 88 (1981) 161-198.

15. Además, existían ciertas colonias romanas y ciertas ciudades libres cuyos habitantes gozaban de los privilegios acordados a los ciudadanos romanos (p. e. Tarso).

garantizaba a los judíos una protección más eficaz por parte de las autoridades. Agrupados alrededor de sus lugares de oración, los judíos formaban en todas partes grupos compactos, en contacto con la población pagana para las necesidades de la vida corriente, pero viviendo aparte por motivos religiosos y nacionales.

Los judíos de la diáspora, respetando lo esencial de la fe, fueron asimilando progresivamente una serie de valores de que era portadora la civilización ambiental. Una prueba importante de esto fue la pérdida del uso de la lengua hebrea, reservada sólo para el uso sinagoga, y la traducción griega de la Biblia. Descubrieron en el platonismo medio y en el estoicismo ideas sobre Dios, el ser humano y el cosmos, que les pareció posible armonizar con las concepciones salidas de la Escritura. El resultado fue un enriquecimiento de la reflexión judía en los campos filosófico, ético y espiritual.

Las comunidades de la diáspora aumentaban gracias a conversiones individuales o familiares, frutos del proselitismo judío. De hecho, las sinagogas se convirtieron en lugares de propaganda judía y no pocos no-judíos se adhirieron a la religión monoteísta hebrea. La irradiación de un culto muy espiritualizado, en el que las reuniones no implicaban sacrificio alguno y excluía las imágenes divinas, con una concepción férreamente monoteísta de Dios, de una moralidad superior a la de los medios no-judíos y articulada en reglas de conducta precisas; todo esto ejercía una atracción innegable en los hombres y mujeres sumidos en una civilización en crisis. Las dos clases de convertidos, llamados respectivamente "prosélitos" y "temerosos de Dios", respondían a una doble orientación misionera judía: rígida la primera, al exigir incluso el rito de la circuncisión; y la segunda más comprensiva de las dificultades de los no-judíos para aceptar un rito muy despreciado socialmente.

En contrapartida, cundían ya entre las masas no-judías ciertos movimientos de hostilidad hacia los judíos, que a veces se manifestaban en forma de explosiones violentas.¹⁶ Cicerón no vaciló en calificar a la religión hebrea de "superstición bárbara".¹⁷ Los autores satíricos de la Roma imperial mostraban permanentemente su aversión contra los judíos.

16. Cf. J. GOLDSTEIN, "Jewish Acceptance and Rejection of Hellenism", en *Jewish and Christian Self-Definition II. Aspects of Judaism in the Graeco-Roman Period* (E. P. Sanders, A. I. Baumgarten, A. Mendelson, eds.), London, 1981, 64-87.

17. CICERÓN, *Pro Flacco*, XXVIII, 67.

La vida separada de los judíos provocó malentendidos, sospechas y odios: un terreno fértil en donde germinaron frecuentes manifestaciones de intolerancia y de violencia.

2. El desarrollo de la Iglesia naciente¹⁸

En el desarrollo histórico de la Iglesia naciente, pueden distinguirse dos sectores, cada uno de ellos con experiencias muy distintas: el de las comunidades judeocristianas y el de las Iglesias nacidas en medios no-judíos.

2.1. Las comunidades judeocristianas

El libro de los Hechos de los Apóstoles y las cartas de Pablo proporcionan algunos datos relacionados con la situación de las comunidades judeocristianas hasta el año 70 d. C. El primero es la incorporación a la Iglesia de Jerusalén de los “helenistas”, es decir, de judíos que habitaban fuera de Palestina, en contacto con la cultura griega, y que vivían en la Ciudad Santa o iban a ella con frecuencia.

Según Hch 6, 1 - 8, 40, este grupo dio rápidamente muestras de vitalidad que lo hizo chocar muy pronto con las autoridades del judaísmo local: la muerte de Esteban, que provenía del grupo “helenista” (Hch 6, 8 - 7, 60), fue seguida de una persecución por parte de las autoridades judías de Palestina que obligó a una dispersión de cristianos por Judea, Samaria (Hch 8, 1), Fenicia y Chipre, hasta Antioquía de Siria (Hch 11, 19).

Esta persecución trajo como consecuencia una inesperada irradiación misionera en dos áreas diferentes. De un lado, se pueden situar las Iglesias de Judea (cf. Ga 1, 21) y de Galilea (cf. Hch 9, 31). Es probable que a partir de Galilea se difundieran las Iglesias en Damasco y Siria, y luego en Arabia nabatea. Del otro, los cristianos “helenistas”, que se

18. Cf. P. GRELOT, “La formación del Nuevo Testamento”, en *Introducción crítica al Nuevo Testamento* II (A. George - P. Grelot, dirs.), Barcelona, 1983, 399-410. J. Taylor ha publicado un comentario histórico en dos volúmenes de Hch 9,1-28,31 con el objeto de verificar en qué medida es posible utilizar Hch para hacerse una idea sobre la historia de los orígenes del cristianismo. Su trabajo se apoya, fundamentalmente, en la comparación del texto Alejandrino de Hch con el texto Occidental, tal como fuera reconstituido por M.-É. Boismard y A. Lamouille. Véase J. TAYLOR, *Les Actes des Deux Apôtres. Commentaire Historique (Act. 9,1-18,22)*, Paris, 1994; (*Act. 18,23-28,31*), Paris, 1996.

preocuparon por propagar el Evangelio en Fenicia, Chipre y el norte de Siria. En esta última región, en la ciudad de Antioquía, fundaron la primera comunidad mixta, en la que se admitía a los fieles de origen no-judío sin la previa incorporación al judaísmo (Hch 11, 19-21).¹⁹

Después del año 70 es probable que aún subsistieran algunas Iglesias judeocristianas en Galilea, Decápolis, Damasco y Antioquía. También parece probable una emigración fuerte de judeocristianos procedentes de Palestina hasta Asia Menor. La exclusión de éstos de la vida sinagoga por parte del judaísmo oficial –que ocurrió entre el 80 y el 95 d. C.– hizo precaria su situación ante la administración imperial romana, porque quedaban desvinculados del tronco judío.²⁰

2.2. Las iglesias nacidas en los medios no-judíos

La penetración del Evangelio en los medios no-judíos está presentada de una manera muy fragmentada en los Hechos de los Apóstoles. A partir de Antioquía, nuevo centro cristiano, se anuncia en Chipre (Hch 13, 4-12), Panfilia, Pisidia y Licaonia (13, 13 - 14, 26), en Siria y Cilicia, por diversas provincias de Asia Menor, en Macedonia y Grecia (15, 36 - 20, 38). Son pocos los judíos que se adhieren al Evangelio, mientras que entran en las comunidades numerosos miembros no-judíos, que muy pronto pasan a ser mayoría. Cabe suponer que en los tiempos en que se escribió el libro de los Hechos de los Apóstoles (entre el 80 y 90 d. C.), la fe se había extendido por Oriente hasta el imperio parto (Mesopotamia) y por Occidente hasta Egipto, Cirenaica y Roma.

Estas Iglesias provenientes del mundo no-judío vivieron conflictos importantes. Entre el 64 y el 67 d. C., la persecución determinada por el emperador Nerón tuvo un carácter local y afectó casi exclusivamente a la comunidad romana. Pero al final del reinado de Domiciano (95 d. C.) se decretó otra violenta persecución, esta vez en todo el imperio, que produjo un gran número de muertos en las filas de dichas comunidades. El libro del Apocalipsis explica el motivo de esta persecución: los cristianos no se adhieren al culto imperial.

19. Para una historia de la presencia judía, cristiana y otras religiones en Antioquía, véase F. W. NORRIS, “Antioch of Syria”, en *The Anchor Bible Dictionary* I (D. N. Freedman, ed.), New York, 1992, 265-269.

20. El motivo fundamental de esta expulsión fue la confesión, por parte de los judeocristianos, de la divinidad de Jesús, lo cual se consideraba que atentaba contra el estricto monoteísmo judío. De esta excomunión encontramos un eco en el Evangelio de Juan (Jn 9,22.34; 16,2).

3. La misión paulina²¹

3.1. Los diversos “misioneros”

En el siglo I de nuestra era, los caminos del imperio romano eran recorridos por numerosos propagandistas de doctrinas religiosas y filosóficas. Muchos de ellos se presentaban con las características de ayuda al prójimo, benevolencia, pureza de intención, franqueza de palabra, desinterés y con una conciencia de ser enviados por los dioses. Si bien estas características pueden estar exageradas, muchos de ellos debían gozar de muy buena fama.

Por su parte, también entre los judíos había un importante espíritu misionero, donde los fariseos se encontraban en primera fila (cf. Mt 23, 15). Ellos proclamaban la superioridad del monoteísmo hebreo –un solo Dios invisible–, la nobleza de los valores morales encerrados en la Escritura –especialmente en la ley de Moisés– y a la glorificación de Abraham como figura religiosa de valor universal. Inclusive el judaísmo reivindicaba una tradición de sabiduría no inferior a la griega.

3.2. Pablo evangelizador en el libro de los Hechos de los Apóstoles²²

Pablo no fue ni el único ni el primer evangelizador en el cristianismo en los orígenes. Particularmente activos se mostraron los cristianos “helenistas” a los que nos referíamos más arriba.²³ Es sobre todo al espíritu de estos misioneros y misioneras –la mayoría anónimos– a los que se deben los verdaderos comienzos de la apertura al mundo no-judío. Esta “avanzada” del primer cristianismo preparó el terreno para la actividad evangelizadora de Pablo.

No son pocas las informaciones particulares y detalladas que el libro de los Hechos nos ofrece de su actividad:

21. Cf. G. BARBAGLIO, *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos*, Salamanca, 1992, 77-98.

22. Cf. J. FITZMYER, “Paul”, en *New Jerome Biblical Commentary* (R. Brown – J. Fitzmyer – R. Murphy, eds.), New Jersey, 1990, 1329-1337; M.-F. BASLEZ, *Saint Paul*, Paris 1991; S. LÉGASSE, *Paul Apôtre: Essai de biographie critique*, Paris 1991; R. PENNA, *Un cristianismo posible. Pablo de Tarso*, Madrid, 1993; J. M.-O’CONNOR, *Paul. A Critical Life*, Oxford 1996; J. GNILKA, *Pablo de Tarso: Apóstol y testigo*, Barcelona, 1998; L. H. RIVAS, *San Pablo. Su vida, sus cartas, su teología*, Buenos Aires, 2001, 9-59.

23. Cf. F. BOVON, “Pratiques missionnaires et communication de l’Evangile dans le christianisme primitif”, *RTP* 114 (1982) 369-381.

- a) Los centros urbanos que tocó fueron, en primer lugar, Damasco, Tarso y Antioquía en la provincia romana de Siria; luego Chipre y el sur del Asia Menor. Más tarde las ciudades de Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas y Corinto en Europa. Finalmente, Éfeso, capital de la provincia romana de Asia. Se detalla particularmente la lista de localidades que tocó Pablo en su camino hacia Jerusalén al final de la misión europea y asiática (20, 3 - 21, 16).
- b) No faltan tampoco datos concretos sobre la duración de su presencia: un año en Antioquía (11, 26); un año y seis meses en Corinto (18, 11); dos años y tres meses requirió la evangelización de Efeso (19, 8-10), aunque la estancia completa duró tres años (20, 31); tres meses en Grecia al final del último viaje misionero (20, 3). Si bien esta obra tiende a organizar la información según el esquema de una serie de viajes, no se puede decir que Pablo pasó de ciudad en ciudad en una marcha frenética.²⁴
- c) También se destacan los nombres de sus numerosos colaboradores: Bernabé, Juan Marcos, Silas, Timoteo, Aquila y Priscila, Apolo, Crispo, Sóstenes. A su vez, los compañeros de su último viaje a Jerusalén fueron Sópatros, Aristarco, Segundo, Gayo, Timoteo, Tíquico y Trófimo (20, 4-5).
- d) Son dignas de fe las valoraciones sobre el éxito o sobre el fracaso conseguido por la evangelización paulina. Creó florecientes comunidades en Filipos, Tesalónica, Corinto y Efeso, mientras que fracasó en Atenas. La adhesión de los no-judíos sirvió de contraste al rechazo de muchos judíos que eran hostiles a su persona.

3.3. Pablo evangelizador según sus cartas

La misión de Pablo se presenta con matices diferentes en las cartas:

- a) Los primeros pasos de Pablo como evangelizador fueron de escasa eficacia. Dado su pasado, no le resultaba fácil integrarse en el movimiento de Jesús. La carta a los Gálatas coincide con los Hechos de los Apóstoles en destacar las dificultades que encontró para que lo aceptasen en la Iglesia de Jerusalén y en las comunidades cristianas de Judea (cf. Ga 1, 2; cf. Hch 9, 26-30).

24. Esto forma parte de la idea de Lucas, que en los Hechos de los Apóstoles intenta describir la “carrera” de la Palabra de Dios en el mundo.

- b) La situación cambió cuando Bernabé lo introdujo en la comunidad de Antioquía, que lo elegiría como representante suyo y lo mandaría como misionero bajo la dirección del mismo Bernabé. Pablo se afirma como evangelizador comprometido en el anuncio del Evangelio al mundo no-judío y se convierte en figura de relieve a comienzos de los años 40 d. C.
- c) Sus viajes son solamente traslados desde un centro urbano a otro, en donde se detiene largamente para anunciar el Evangelio y echar bases sólidas a comunidades que están creciendo. Más que por los viajes, la misión paulina está caracterizada por la permanencia en algunas grandes ciudades, como Filipos, Tesalónica y sobre todo Corinto y Efeso, puntos de irradiación de la Buena Noticia en las regiones respectivas.

4. Estrategia misionera y organización

Los datos coincidentes de las cartas de Pablo y de los Hechos de los Apóstoles nos permiten trazar, al menos a grandes rasgos, cómo llevaron a cabo su actividad los evangelizadores.

4.1. Estrategia misionera

Hay que destacar que se trató de una misión fundamentalmente urbana.²⁵ Sólo las ciudades eran alcanzables por tierra, a lo largo de los grandes caminos romanos o por mar. Por otra parte, los misioneros/as podían hacerse comprender en lengua griega tan sólo en los centros ciudadanos. De hecho, vieron su actividad las ciudades de Damasco, Tarso, Antioquía de Siria, los centros urbanos del sureste de Asia Menor y los de Galacia; en Europa: Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas y Corinto, y finalmente Efeso. Y no sólo esto, sino que se escogía como centro de irradiación una gran ciudad, desde donde hacer llegar el anuncio cristiano. Así sucedió en Corinto y en Efeso, en torno a las cuales nacieron la Iglesia de Céncreas, puerto oriental de la capital de la provincia romana de

25. Otras actividades misioneras en la misma época, tuvieron lugar en ambientes campesinos, como atestigua la primera carta de Pedro.

Acaya (Rm 16, 1-2) y las comunidades de Colosas y de Laodicea (Col 1, 7 y 4, 16).²⁶

La opción recaía en las localidades donde aún no había llegado el Evangelio. Pablo es partidario de actuar en campos donde no trabajaron otros misioneros/as (cf. Rm 15, 20; 1 Co 10, 12-18). Se sentía llamado a llevar el primer anuncio evangélico y a fundar nuevas comunidades, desplazando las fronteras cristianas cada vez más lejos.

El proyecto evangelizador se iba ajustando con el tiempo y la práctica. El éxito alcanzado por Pablo y sus compañeros en Asia Menor y en Grecia les debió abrir metas cada vez más amplias y comprometedoras.

Da la impresión que la misión encarada por estos evangelizadores no se conformaba con conversiones individuales; más bien parece que tenían como objetivo suscitar en los grandes centros urbanos comunidades cristianas como signos vivientes de la presencia de la nueva fe.²⁷ La adhesión al mensaje cristiano tenía necesariamente una consecuencia social concreta. Esto adquiere mayor relieve cuando se sabe que las ciudades romanas del siglo I d. C. aglutinaban a grandes masas de personas emigrantes de los pueblos y del campo que dejaban el círculo íntimo de la familia urgidos por necesidades de subsistencia. El cristianismo comunitario ofrecía un sentido de pertenencia y reconocimiento de la propia dignidad personal que constituía una verdadera alternativa.

La mirada de los evangelizadores tenía como horizonte a los pueblos y comunidades humanas, de los que ninguno debía quedar excluido del encuentro con el mensaje cristiano. La postura del grupo paulino en la asamblea de Jerusalén no deja lugar a dudas: no existe impedimento alguno para que "otros" reciban el Evangelio. Más aún: los evangelizadores consideraban que el Evangelio de Cristo constituía un factor decisivo de encuentro entre los seres humanos, en donde las diferencias socioculturales dejen de ser motivo de enfrentamiento o de discriminación.

26. Cf. W. MEEKS, *Los primeros cristianos urbanos. El mundo social del apóstol Pablo*, Salamanca, 1988; M. Y. MACDONALD, *Las comunidades paulinas. Estudio socio-histórico de la institucionalización en los escritos paulinos y deuteropaulinos*, Salamanca, 1994, 59-134.

27. Los numerosos predicadores itinerantes de la época se limitaban a propagar doctrinas filosóficas, religiosas y morales, preocupados ordinariamente por influir las conciencias de los individuos. El predicador griego Epicúreo puede considerarse una excepción ya que creó comunidades de discípulos.

4.2. Organización

En cuanto a la organización de la misión, tampoco tenemos abundante información. Sólo algunas referencias, particularmente referidas en la vida de Pablo. Éste recorrió varios miles de kilómetros. Solamente en el viaje que lo vio partir de Oriente y llegar a Corinto a través de Antioquía de Siria, de Cilicia, de Galacia, de Tróade, de Filipos, de Tesalónica y de Atenas, la distancia que tuvo que recorrer fue de tres mil quinientos kilómetros, incluidos los setecientos o más que hay por mar. Los grandes caminos romanos que unían los centros urbanos tuvieron que facilitar, sin duda, esta tarea. La vía marítima más importante del Mar Mediterráneo ponía en comunicación el Asia Menor con Grecia y con Italia. Las naves salían de cualquier puerto de la costa de la actual Turquía y llegaban hasta los puertos griegos. Corinto servía de estación de paso de los barcos menores; pero los barcos mayores eran capaces de dirigirse directamente a Sicilia o la península italiana. Por el contrario, desde Siria y Palestina se navegaba rumbo a Sicilia pasando por el sur de la isla de Creta. Finalmente, Alejandría de Egipto, el mayor puerto del Mediterráneo, era el punto de partida de las naves que se dirigían a Sicilia y a Italia siguiendo la costa de Africa. En invierno el mar era innavegable; los fuertes vientos de la estación hacían muy difícil la navegación (cf. 2 Co 11, 25-26), que se volvía a abrir en primavera.²⁸

Una vez llegados a su destino, se imponía la exigencia de encontrar alojamiento. De hecho parece que rápidamente algunas familias les daban hospedaje (Hch 16, 14-15.40; 17, 5-7). No cabe duda que recurrieron a la hospitalidad de personas con las que se encontraron por primera vez o de amigos que ya conocían desde antiguo. Pero en casos de emergencia cabe pensar que utilizaron también las posadas que existían al lado de las sinagogas judías.

Un lugar privilegiado para el anuncio del Evangelio fueron las sinagogas que visitaban, aunque también utilizaron para ello las casas de familias simpatizantes, las cuales las ponían a disposición de las comunidades cristianas que nacían. Los encuentros interpersonales, en el mismo lugar donde trabajaban o en los viajes, eran también ocasión para la predicación (1 Tes. 2, 9.11). Los Hechos de los Apóstoles nos dice que en Éfe-

28. Cf. J. L. VESCO, *In viaggio con san Paolo*, Brescia, 1974; L. CASSON, *Travel in the Ancient World*, London, 1979.

so Pablo pudo disponer de un salón público que tomaba su nombre de un tal Tirano (19, 9); pero debió tratarse de un caso excepcional. Él no fue, en realidad, un orador que hablase en público a muchedumbres o en las plazas de las ciudades que visitaba. Su palabra resonaba más bien en lugares más restringidos.

Con respecto a los medios económicos, la tendencia entre los evangelizadores cristianos era trabajar para ganarse la vida y no tener que ser gravosos a nadie. Pero aceptaban de sus comunidades ayudas financieras para continuar en otros lugares la obra de la evangelización (2 Co 11,8-9; Flp 4, 15-16). Las Iglesias colaboraban especialmente con todo lo necesario para los viajes: escolta, provisión de víveres, equipaje, indicaciones (Rm 15, 24; 1 Co 16, 6.11; 2 Co 2, 16).

Es bueno destacar aquí lo que hoy llamaríamos “el trabajo en equipo”. Hablando de Pablo, sus cartas y los Hechos de los Apóstoles conocen unas cien personas que, en diversos grados, colaboraron en la misión cristiana. Algunos de ellos como Bernabé, Apolo y Silas (o Silvano) encabezaron otros equipos de misión. También las comunidades fundadas ponían a disposición personas que deseaban participar activamente en la misión cristiana (1 Co 16, 15-18; Flp 4, 2-3; Col 1, 7-8). Estos “equipos” eran suficientemente elásticos, en donde se juntaban colaboradores estrechos y permanentes, ayudantes ocasionales, personalidades fuertes y humildes, compañeros de viaje, representantes de las comunidades. Es necesario reconocer lo valioso de esta modalidad misionera. Sólo así se explica históricamente que la actividad misionera de Pablo –reducida a menos de veinte años– se haya podido extender tanto y la siembra haya sido tan fecunda.

5. Fundamentos de la misión evangelizadora

La Iglesia primitiva tiene clara y lúcida conciencia de que el Evangelio debe llegar “*hasta los confines de la tierra*” (Hch 1,8). Los Hechos de los Apóstoles aluden en tres ocasiones a la imagen de la comunidad primitiva, narrando la comunión y el crecimiento, como características esenciales de la nueva realidad que nacía (Hch 2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16). Presentamos, a continuación, algunos fundamentos que sostuvieron este impulso evangelizador.

5.1. *El mandato de Jesús*

El motivo primordial que sostiene la evangelización es la memoria del mandato de Jesús que la Iglesia primitiva conservó vivamente, y que transmitió en sus escritos fundamentales: Mt 28, 28-20; Mc. 16, 15-18; Lc 24, 47; Jn 20, 21-23. Sin embargo, este mandato no aparece al final de los Evangelios como una novedad; durante su actividad en Galilea y Judea, Jesús había designado unos colaboradores que compartieran su misión (Mc. 6, 7-11; Lc 9, 1-5; 10, 1-12 y Mt 10, 5-42).

5.2. *El plan de Dios*

La reflexión hecha por Pablo en medio de la actividad evangelizadora y producto de ella, le permitió descubrir que –junto a ese mandato de Jesús– había un plan de Dios concebido desde siempre, para que todos los seres humanos se salven (1 Tes 5, 9). Ese plan lo reveló Cristo Jesús (Rm 9, 11; Ga 4, 4). Por ser Dios Único, por ser él la razón única soberana por encima de todas las cosas, su designio es universal. Si Dios tiene un plan, éste será a su imagen: uno y universal.

5.3. *La universalidad del Evangelio y su proclamación*

Pablo descubre la universalidad del Evangelio precisamente cuando éste es anunciado fuera del mundo judío. Que los no-judíos lo acepten en sus propias culturas prueba que el plan de Dios es para todos sin distinción (cf. Ef 3, 1-13), es “para todo hombre que cree” (Rm 1, 16). De la pequeña comunidad de Tesalónica “la palabra del Señor resuena en toda Macedonia y Acaya, y la fama de la fe se difunde por todas partes” (1 Tes. 1, 8). Y escribe a los romanos que da “gracias a Dios mediante Jesucristo por todos ustedes, porque su fe es celebrada en todo el mundo” (Rm 1, 8).

Este Dios único extiende su reinado a todo el universo. La obra de los evangelizadores no consiste en implantar el reinado de Dios. Éste ya fue implantado con la muerte y resurrección de Cristo. A ellos les corresponde la tarea de proclamar, de extender y de llevar a cumplimiento lo que Dios ha realizado. Puede entenderse entonces que Pablo diga: “Desde Jerusalén y en toda direcciones hasta la Iliria, he dado cumplimiento al Evangelio de Cristo” (Rm 15, 19).²⁹

29. Este aspecto ha sido destacado por el Concilio Vaticano II, cuando al referirse a la identidad de la Iglesia, afirma: “Pues los que creen en Cristo [...] tienen por condición la dignidad y liber-

5.4. *La liturgia de la evangelización*

Esta comprensión del plan de Dios conduce a Pablo a descubrir la actividad evangelizadora como una celebración litúrgica. Hace notar que se siente llamado a ejercer el “sagrado oficio del Evangelio de Dios, para que la ofrenda de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo” (Rm 15, 16). Es Dios mismo quien desea para sí a los no-judíos. Los evangelizadores realizan, a través de la misión, un culto agradable a Dios.

6. Elementos claves en la espiritualidad

6.1. *La condición del evangelizador*

“Cuando fui a ustedes, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría” (1 Co 2, 1). Esta confesión hecha a los corintios revela en Pablo una percepción del lugar que él ocupa: sabe que no es más que un instrumento. Frente a los mismos corintios reivindica enérgicamente esta verdad, cuando se entera que se han dividido en varios partidos tomando como punto de referencia las grandes figuras de los evangelizadores:

¿Qué es, pues Apolo? ¿Qué es Pablo? (...) ¡Servidores por medio de los cuales han creído! Y cada uno según lo que el Señor les dio. Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quién dio el crecimiento. De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; si bien cada cual recibirá el salario según su propio trabajo, ya que somos compañeros de trabajo de Dios y ustedes, campo de Dios, edificación de Dios. (1 Co 3, 5-9).

Dios lo es todo; Él posee una primacía absoluta en este emprendimiento. Es Él el que concede la fe, la gracia y quien promueve el crecimiento. Es Dios quien tiene su plan –como se decía más arriba– y que lo lleva adelante. El evangelizador ha recibido una misión particular, una gracia (1 Co 15, 11) a la que debe ser fiel (cf. 1 Co 3, 11-15).

tad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar, como el mismo Cristo nos amó (cf. Jn 13, 34). Tienen últimamente como fin la dilatación del Reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que sea consumado por Él mismo al fin de los tiempos cuanto se manifieste Cristo, nuestra vida (cf. Col 3, 4), y ‘la misma criatura será libertad de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios’ (Rom 8, 21)” (LG 9).

6.2. “Vivir en Cristo”

Otra clave importante proviene de la fe en Jesús. Pablo la refleja en la expresión “*vivir en Cristo*”.³⁰ Todos los trabajos y los esfuerzos se van realizando “*en Cristo*” (Rm 16, 12; 1 Co 15, 58). El evangelizador, cimentado “*en Cristo*”, permanece firme en todas las vicisitudes de la vida (Flp 4, 1), porque en él todo lo puede (cf. Flp 4, 13). El uso más frecuente de la expresión *en Christo* expresa la estrecha unión entre Cristo y el cristiano, una inclusión o incorporación que significa una simbiosis de los dos. Si uno está en Cristo, es nueva creación (cf. 2 Co 5, 17). Esta unión vital se expresa también con la fórmula “*Cristo en mí*” (Ga 2, 20; 2 Co 13, 5; Rm 8, 10; Col 1, 27; Ef 3, 17). El resultado de todo ello es que se pertenece a Cristo (2 Co 10, 7) o se es “*de Cristo*” (cf. Flm 1 y Ef 4, 1; 3, 1; o Rm 16, 16 y 1 Tes 1, 1). La expresión incluye un influjo dinámico de Cristo en el cristiano que está incorporado a Cristo, y tiene también, a veces, dimensiones eclesiales (Ef 1, 10; Ga 1, 22) e incluso escatológicas (Ef 2, 6). El evangelizador, incorporado a Cristo, es realmente un miembro del cuerpo de Cristo; es parte del Cristo Total. Cristo se convierte, en cierto sentido, en sujeto de sus acciones; tanto que puede afirmar:

“Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2, 20).

6.3. Guiados por el Espíritu

Pablo descubre en su vida y en la vida de las comunidades la presencia del Espíritu. Esta presencia en los cristianos hace que Él sea el principio de una nueva vida, actuando como la nueva ley escrita en el corazón (Rm 8, 2). Así, el Espíritu transforma a los que lo acogen, en personas “*espirituales*”, es decir, movidos por Él (Ga 6, 1). Esta expresión (cf. 1 Co 2, 13-15; 9, 11) designa el centro de la existencia cristiana. La persona espiritual es aquella guiada en todo por el Espíritu de Dios, es *pneumatikós*. La comunión que se vive en las comunidades no sólo es obra de los creyentes sino, sobre todo, del Espíritu (2 Co 13, 13; Flp 2, 1). El libro de los

30. Las relaciones del cristiano con Jesús, Pablo las expresa con múltiples fórmulas como: “*revestirse de Cristo*” (Ga 3, 27); “*Cristo en nosotros*” (Rm 8, 10); “*ser de Cristo*” (Ga 3, 29); “*con Cristo*” (Col. 3, 3). De todas ellas, la principal y más representativa de su pensamiento quizás sea “*en Cristo*”.

Hechos de los Apóstoles refleja una honda convicción: el Espíritu va conduciendo permanentemente la vida y misión de la iglesia naciente (6, 5.10; 8, 17.39; 10, 45; 11, 12. 15; 13, 2).

6.4. La oración

La vida “*en Cristo y en el Espíritu*” hace brotar la oración como un trato familiar y una comunicación constante con Dios. En el caso de Pablo, la oración se manifiesta casi en cada página de sus cartas: oraciones largas o breves, que concluyen o inician sus reflexiones (cf. Rm 1, 10; 15, 20-32; 2 Co 12, 8-9; Ga 1, 5; Ef 3, 14-21). Las plegarias paulinas están profundamente enraizadas en su vida misionera. Invariablemente el tema de sus peticiones, acciones de gracias, alabanzas, súplicas a Dios por él o por los demás es la extensión del Reino de Dios. Así, por ejemplo, en la carta a los tesalonicenses da gracias a Dios porque “*han acogido la Palabra de Dios (...) que permanece operante*” en ellos (1 Tes 1, 2-3) y porque crecen en la fe, el amor y la esperanza (1 Tes 1, 2-3). Pide al Señor que le conceda volver a verlos para completar lo que falta a su fe (1 Tes. 3, 9-10). Es la problemática cotidiana del trabajo evangelizador, junto con los triunfos y éxitos logrados, lo que alimenta y sostiene su actitud orante. Suplicará que oren por él para que Dios lo libre de una tribulación (2 Co 1, 11), para que se apruebe la colecta en favor de los hermanos de Jerusalén (Rm 15, 30-31) o para que obtenga la libertad (Flm 22).

6.5. Reflexión y discernimiento

Impresiona también cómo, en plena expansión de la fe, los creyentes tuvieron que realizar grandes esfuerzos de reflexión y discernimiento. A medida que las cuestiones se iban presentando, las comunidades abordaban dichos planteamientos en diversas instancias. En este punto, sobresale con claridad el conflicto surgido a raíz de la acogida de la fe cristiana por parte de los no-judíos (cf. Hch 15; Ga 2, 1-15). Si bien Pablo tenía su posición tomada, se “*expuso*” a confrontarla con “*los que eran tenidos por notables (...) para saber si había corrido en vano*” (Ga 2, 2). La conciencia de que el Espíritu los asistía no les ahorró esfuerzo ni tensiones para clarificar los senderos por dónde había que transitar.

7. Actitudes

7.1. Partir de la realidad

“Mientras Pablo los esperaba [a Timoteo y a Silas] en Atenas, estaba interiormente indignado al ver la ciudad llena de ídolos” (Hch 17, 16). “Trababan también conversación con él algunos filósofos epicúreos y estoicos” (17, 18). “Pablo, de pie en medio del Areópago, dijo: *Atenienses, veo que ustedes son, por todos los conceptos, los más respetuosos de la divinidad. Pues al pasar y contemplar sus monumentos sagrados...*” (17, 22-23).

Estas referencias son del relato que el libro de los Hechos de los Apóstoles hace del intento de evangelización en la capital de Grecia: Atenas. “Ver”, “pasar”, “conversar” y “contemplar” son verbos que manifiestan una disposición grande a conocer y descubrir “al otro” allí donde está. El punto de partida en la evangelización no es lo que el misionero trae, sino los valores que las personas manifiestan.

7.2. Proponer; no imponer

La evangelización paulina no pretendió ser impositiva ni dominadora. A los corintios, en momentos difíciles de la relación, les decía: “*No pretendo hacerme dueño de ustedes ni de su fe, sino contribuir a su gozo: en cuanto a la fe, ya están firmes*” (2 Co 1, 24). Aunque, como padre en la fe (1 Co 4, 15), se ve obligado en ocasiones a ejercer su autoridad, intenta siempre dar la suficiente confianza para que la comunidad decida por sí misma y aclare sus problemas. Los llama a la responsabilidad en el contexto de la fe (1 Co 5, 5) y bajo la única autoridad del Señor (Ef. 4, 5). Es interesante ver cómo Pablo distingue su propio parecer de las normas irrenunciables de la tradición apostólica (1 Co 7, 12-15) o cómo aprovecha cualquier interrogante para dar orientaciones en la fe (1 Co 8-10).

7.3. Pastoral de la “cordialidad”

“Aunque pudimos imponer nuestra autoridad por ser apóstoles de Cristo, nos mostramos amables con ustedes, como una madre cuida con cariño de sus hijos. De esta forma, amándolos a ustedes, queríamos darles no sólo el Evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser, porque habían llegado a sernos muy queridos. Pues recuerdan hermanos, nuestros trabajos y fatigas. Trabajando día y noche, para no

ser gravosos a ninguno de ustedes, les proclamamos el Evangelio de Dios. Ustedes son testigos, y Dios también, de qué santa, justa e irrefragablemente nos comportamos con ustedes los creyentes. como un padre a sus hijos, lo saben bien, a cada uno de ustedes los exhortábamos y alentábamos, conjurándolos a que viviesen de una manera digna de Dios, que los ha llamado a su Reino y gloria” (1 Tes 2, 7-12). “Los llevo en mi corazón, participes como son todos de mi gracia, tanto en mis cadenas como en la defensa y consolidación del Evangelio. Pues testigo me es Dios de cuanto los quiero a todos ustedes en las entrañas de Cristo Jesús” (Flp 1, 7-8).

Con mucha claridad puede verse en estos textos en qué términos se da la relación entre los evangelizadores y las comunidades. Los sentimientos de afecto y cariño no pueden faltar, ya que la evangelización no es una tarea profesional sino un vínculo profundo entre las personas. Es como una gestación (1 Co 4, 15; Ga 4, 19-20) en donde fermentan relaciones de intimidad y cordialidad. En Éfeso algunos jefes no judíos son amigos de Pablo y son quienes lo salvan de la revuelta de los orfebres (cf. Hch 19, 23-40). En Galacia, los que se preparaban para el bautismo se habrían “*sacado los ojos*” por él durante el tiempo de su enfermedad (Ga 4, 12-15). Pablo sentía nostalgia por sus hermanos lejanos, como ocurrió con los tesalonicenses después de su partida (cf. 1 Tes. 2, 17-18). Esta angustiado hasta el extremo y no teme verse privado del único colaborador con tal de mandar y recibir noticias (1 Tes. 1, 3-5). Le dice a la comunidad de Corinto que de buena gana se gastará y desgastará hasta agotarse por ellos (cf. 2 Co 12, 15). La carta a Filemón también es testigo de los sentimientos de Pablo: “*Te ruego por el hijo al que he engendrado entre cadenas. Lo devuelvo, a éste, mi propio corazón (...)* Recíbelo como a mí mismo” (Flm 10.17).

7.4. Ir más allá

Al acercarse una etapa importante de su actividad evangelizadora, Pablo escribe su carta a la comunidad de Roma. Se dirige a una comunidad que está formada desde hace tiempo y que él no fundó ni visitó. Al final, Pablo realiza una constatación y expresa un deseo. Afirma que “*desde Jerusalén y en todas las direcciones hasta la Iliria he dado cumplimiento al Evangelio de Cristo; teniendo así, como punto de honra, no anunciar el Evangelio sino allí donde el nombre de Cristo no era aún conocido, para no construir sobre cimientos puestos por otros*” (Rm 15, 19-20).

Considerada literalmente esta afirmación parece desmesurada. Sin embargo, hay que comprenderla desde la certeza que tiene de que el

Evangelio se abre camino por sí mismo y que, partiendo de unas comunidades determinadas, logra esparcirse más allá de sus límites. Éste había llegado al Asia Menor y Grecia. Por eso, hay que proclamarlo donde todavía no se lo había hecho:

“Mas ahora, no teniendo ya campo de acción en estas regiones, y deseando vivamente desde hace muchos años ir a ustedes cuando me dirija a España (...) espero verlos al pasar y ser encaminado³¹ por ustedes hacia allá” (Rm 15, 23-24).³²

Con un cierto inconformismo, los evangelizadores estaban pendientes de que la Buena Noticia se anuncie “más allá” de los límites actuales. En el caso de Pablo, los límites eran fundamentalmente geográficos; pero sabemos que en nuestras sociedades hay otras “fronteras” que dividen, separan y excluyen.

GABRIEL M. NÁPOLE
10/12/2004

31. El verbo *propempô* se utiliza en el Nuevo Testamento como un término técnico para referirse a la provisión hecha por las iglesias como soporte a la misión, cf. Hch 15,3; 20,38; 21,5; 1 Co 16,6; 3 Jn 6.

32. “Paul hoped that the Roman community would «own» the mission to Spain, in the way the Antioch community did his earlier ones” (M. PRIOR, *Paul the Letter-Writer and the Second Letter to Timothy*, Sheffield, 1989, 135).

LA DIMENSIÓN ESPIRITUAL DE LA TEOLOGÍA FUNDAMENTAL¹

RESUMEN

En esta presentación se asume una entrañable vinculación entre la *identidad* de la “Teología Fundamental” y su *dimensión espiritual*: objeto y método por un lado, actitudes y desafíos, por otro, se implican mutuamente. El fundamento (1) es el acontecimiento de Cristo; más en concreto, el *encuentro* con el Resucitado. La tarea (2) es, desde el principio, *dar razón de la esperanza* (cf. 1 Pe 3, 15) y *de la fe*, en situaciones siempre nuevas. Esto se despliega en dos “direcciones”: “*hacia dentro*”, volver a asentar los fundamentos de la fe y “*hacia fuera*”, proponer las razones (y signos) de credibilidad. Esta tarea requiere actitudes espirituales (3) que se ven asumidas y propuestas por el Concilio Vaticano II de modo ejemplar, especialmente el *diálogo* y el *discernimiento*. En la reflexión teológica y el Magisterio más reciente, se destacan tres ámbitos de búsquedas a discernir (4): la *cuestión del sentido*, las *religiones* y la *Nueva Era*. En la valoración de la vuelta a los fundamentos (5), se señalan tres aspectos a recuperar y no perder: la *historia*, la *comunidad* y el *silencio*.

Palabras clave: Teología espiritual, credibilidad, discernimiento, diálogo, fundamentos

ABSTRACT

This presentation assumes a deeply rooted relationship between Fundamental Theology's *identity* and its *spiritual dimension*. Object and method, on one hand, at-

1. Anunciamos que próximamente editorial San Pablo (Buenos Aires) publicará una obra colectiva de nuestra Facultad, sobre la dimensión espiritual de todas las disciplinas teológicas.